

José Pablo Feinmann

¿Qué es la filosofía?



prometeo
libros

¿QUÉ ES LA FILOSOFÍA?

José Pablo Feinmann

¿Qué es la filosofía?

El saber de los saberes

prometeo
libros

Feinmann, José Pablo

Qué es la filosofía? / José Pablo Feinmann. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Prometeo Libros, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-816-412-0

1. Filosofía Contemporánea. I. Título.

CDD 100

© De esta edición, Prometeo Libros, 2022

Av. Corrientes 1916 (C1045AAO), Buenos Aires

Tel.: (54-11) 4952-4486/8923 / Fax: (54-11) 4953-1165

e-mail: info@prometeolibros.com

<http://www.prometeolibros.com>

© Fundación Centro Psicoanalítico Argentino, 2006

J. E. Uriburu 1345, piso 1º, Buenos Aires

e-mail: fcpa@fibertel.com.ar

Desgrabación: Romina Vázquez

Coordinación: Ricardo Álvarez

Diseño y Diagramación: R&S

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial

Derechos reservados

Índice

Advertencia preliminar	9
Clase 1	11
Clase 2	30
Clase 3	52
Clase 4	74
Clase 5	96
Clase 6	114
Clase 7	133
Clase 8	154
Clase 9	174
Clase 10	193
Clase 11	216
Clase 12	237

Advertencia preliminar

Este libro recoge las desgrabaciones de las doce reuniones de un curso impartido bajo el título «¿Qué es la filosofía?» por invitación de la Fundación Centro Psicoanalítico Argentino en la primera mitad del año 2005, en la Ciudad de Buenos Aires. He renunciado a corregir el texto porque ello hubiera supuesto su total reescritura, y porque he querido, no sin alguna premeditación y alevosía, preservar su oralidad e improvisación. Esta circunstancia me obliga a solicitar al lector que intente disimular las reiteraciones, imprecisiones, ambigüedades y otras malas yerbas que advierta. Pero he dado en creer que estos ripios pueden estar compensados por cierta espontaneidad y entusiasmo que, creo, son más propios de la charla que del texto. Platón, sin lugar a dudas un gran escritor, ha manifestado alguna vez su paradójica preocupación respecto de la escritura y su relación de inferioridad respecto del lenguaje hablado. Trató de paliar las deficiencias de aquélla mediante la ficción del diálogo. Con menos talento, obviamente, yo he optado por presentar aquí una reproducción de mis charlas con la esperanza secreta y acaso, en el fondo, inconfesable, de que el lector, a través de ellas, oiga mi voz.

José Pablo Feinmann
Bs. As. 2006

Clase 1

El propósito de este curso es responder a una pregunta que no es inocente, sino profundamente filosófica. Cuando la filosofía se pregunta a sí misma por su condición, esa pregunta es siempre filosófica. Las ciencias no se preguntan por sí mismas qué es la física, qué es la química, etc. Cuando lo hacen, tenemos filosofía de las ciencias. Cuando preguntamos qué es la anatomía, cuando preguntamos qué es la genética, cuando preguntamos qué es el átomo, no estamos haciendo una pregunta científica, estamos haciendo una pregunta filosófica. Por eso el subtítulo del curso es *El saber de los saberes*. Y, en efecto, la filosofía tal como la vamos a plantear desde aquí se plantea como saber que totaliza todos los saberes, el saber que reflexiona sobre todos los saberes. Por ejemplo, cuando los científicos, a los que curiosamente se suele llamar sabios –Oppenheimer, Einstein, Bohr, Heisenberg–, ven el estallido de las bombas en Hiroshima y Nagasaki, dicen: caramba, ¿qué hemos hecho? La pregunta “¿qué hemos hecho?” es muy atinada, porque la ciencia –y ésta es una frase célebre de Heidegger– no piensa. La ciencia no piensa y esto significa que no se piensa a sí misma, sino que va hacia delante descubriendo lo verificable, que es lo típico de la ciencia. Lo típico de la ciencia es ocuparse de aquello que es verificable, que es reproducible. Pero la pregunta del por qué y del para qué de la ciencia o de las distintas disciplinas es una pregunta que corresponde a la filosofía. Con lo cual no vamos a admitir la reducción de la filosofía al ámbito académico, como si estuviese encerrada en sí misma, preguntándose incansablemente por el ser o por el lenguaje o lanzando frases extremadamente provocativas y peligrosas como “no hay un más allá del lenguaje” y otras por el estilo, sino que abiertamente vamos a proponer la filosofía en un sentido originario, griego, como el saber de los saberes.

Lo que tiene de particular el programa que armé –y acá la palabra ‘armar’ está bien, tiene mucho sentido, porque éste es un programa cuidadosamente armado– es que está basado un poco en algunas características de la novela policial. En preguntas tales como “¿qué es la filosofía?”, o “¿qué es tal o cual cosa?”, si las seguimos seriamente, antes o después derivamos del qué al quién, y así llegamos a la pregunta clave de la novela policial clásica, la novela policial de enigma, que es “¿quién lo hizo?”. Esto es lo que define a la novela policial clásica: quién lo hizo, o sea, quién es el asesino. Acá de entrada sabemos quién es el asesino. El asesino es la filosofía. La filosofía es un asesino serial y de gran magnitud. Vamos a mostrar que, a partir de Descartes sobre todo, hay una obsesión filosófica por provocar ya sea destrucciones, deconstrucciones, destotalizaciones o directamente muertes. Nosotros vamos a ver brevemente el sujeto cartesiano, a esa posición del hombre como centralidad y, consecuentemente, la muerte de Dios como centralidad. En Nietzsche, el anuncio de la muerte de Dios lo muestra explícitamente como el supuesto metafísico sobre el cual ya es imposible basarse. Y después vamos a ver las distintas muertes que han estado muy de moda en los últimos treinta años de la filosofía. Ustedes saben, ciertamente, que desde el triunfo del neoliberalismo y la caída del muro, murieron montones de cosas: murieron los grandes relatos, murió la historia (al menos para Fukuyama), murió por supuesto el comunismo, murió la revolución, murieron las ideologías, murieron las utopías. Según la gran propuesta que hizo Foucault en su libro *Las palabras y las cosas*, murió el hombre. O está por morir. Ahora, por supuesto, esto suena un poco provocador... y en realidad Foucault lo dijo precisamente porque sonaba provocador. Tenemos que incorporar el sentido de la provocación a la filosofía. Y digamos, entonces, que cada filósofo que viene lo hace para matar a los anteriores. En realidad esto es muy humano y muy legítimo: también cada generación que viene lo hace para superar a la anterior o para matarla, en cierto sentido al menos. Claro que, a pesar de tantas muertes, hay una gran unidad de todos modos en la historia de la filosofía, pero esa unidad no es lineal y tenemos que ir rastreándola.

Lo primero que vemos entonces como resaltado en este programa es que en principio define a la filosofía como un asesino serial. Lo que nos lleva entonces, como dije, al terreno de la novela policial y, de modo inmediato, a la necesidad imperiosa de definir qué es un asesino serial, para que sepamos por qué llamamos a la filosofía así. Este tema es uno de los más filosóficos que voy a tomar seguramente a lo largo del curso: qué es un asesino serial.

Las filosofías académicas norteamericanas que más éxito han tenido en los últimos años son las de los filósofos deconstructivistas, que se basan en Jacques Derrida, quien se basa a su vez en Heidegger. Más precisamente en *¿Qué es filosofía?*, un texto de Heidegger de los años '50... Simplemente acá voy a mencionar un párrafo de esa obra de Heidegger, donde remite a un párrafo de su libro de 1927, *Ser y tiempo*, al párrafo séptimo, donde aparece el concepto de destrucción, que es de donde los deconstructivistas van a tomar y van a armar las filosofías de la deconstrucción. Vamos a ver este camino hacia dónde lleva.

Hay dos maneras de exponer algo: o sorprender o anticipar el final y crear la angustia de cómo vamos a llegar a él. Esto último es lo que hacía Alfred Hitchcock, que decía: el suspenso es que hay dos hombres hablando y una bomba bajo la mesa, que va a explotar dentro de diez minutos. Si yo los enfoco –dice Hitchcock, que sabía mucho de esto– y de pronto hago explotar la bomba y vuelan los dos tipos, causo en el espectador un impacto formidable, una gran sorpresa y un *shock*. Pero si le hago saber al espectador que debajo hay una bomba y subo la cámara, y mientras tanto estos dos personajes hablan de todas las infinitas banalidades del mundo, nos vamos a angustiar muchísimo más, porque vamos a ver el patetismo, digamos, de los últimos minutos de dos personas que están por morir y hablan por ahí, no sé, del cultivo de orquídeas o algo así.

Entonces, los términos *deconstrucción* y *destrucción* los tomo muy especialmente para remitirme a Jack el Destripador, que es una figura central en este curso, aunque no esté en el programa, porque tal vez, si lo ponía, muchos podían decir: cómo vamos a hacer un programa de filosofía donde figura Jack el Destripador. Pero Jack el Destripador, ante todo, es el creador de una frase analítica fundamental, que es: vamos por partes.

Bueno, Heidegger en *¿Qué es la filosofía?* dice: “El término *Destruktion* no se refiere a aniquilar, sino a desmontar, desmantelar”. Nada más que esto por ahora: el término *destrucción*, según Heidegger, alude a desmontar o desmantelar, con lo cual está anticipando el término *deconstrucción*, que va a significar algo muy, muy parecido a lo que dice Heidegger. Si el término *destrucción* fuera aniquilar, sería simplemente matar, pero, en realidad, el término *destrucción* significa deconstruir. Deconstruir es deconstruir para poder después, en todo caso, volver a construir y reconstruir. En todo caso, hay algunos filósofos que lo hacen, otros que no y que encuentran en la fragmentación infinita, en la interpretación infinita, en el preguntar infinito, el sentido de la filosofía.

También quiero aclarar que no es casual que el curso esté estructurado con una pregunta, porque quizás estemos diciendo desde ya que el sentido final de la filosofía es preguntar más que responder. Con lo cual es bueno avisar que este curso no va a curar a nadie ni va a dar respuestas ni va a tranquilizar angustias. Al contrario, se propone crearlas, por lo cual no nos vamos a sumar a esa corriente curativa de la filosofía que se despliega en estos tiempos tan insustanciales. Si hay que tomar prozak, tomen prozak, porque hay cosas que Platón decididamente no cura, y el que lo pretenda es un mentiroso, pero un envidiable mentiroso: ese hombre que escribió ese libro (“Más Platón y menos prozak”) ha vendido millones de ejemplares, y en ese sentido, ciertamente, lo envidio: yo nunca llegaré a eso. Claro, uno no se anima a decir una mentira semejante: más Platón y menos prozak. Al contrario, la filosofía viene a preguntar y no a responder. Lo que tienen de condenable todos esos libros (me refiero básicamente a los libros de autoayuda, que es el gran negocio de señores como Bucay), es que son profundamente mentirosos.

Entonces, ¿qué significa la pregunta? ¿Por qué preguntamos qué es la filosofía? Para indicar también que la filosofía viene a problematizar. En realidad, más que a calmarnos, viene a incomodarnos, porque la filosofía viene a preguntar cosas que los animales, por ejemplo, no se preguntan. Y en este sentido el hombre es el ser más patético de la creación y a la vez el más conmovedor, porque es el único que muere y sabe que muere. Es decir que a la muerte le añade la conciencia de la muerte, lo cual es muy difícil de sobrellevar, y por eso existe la filosofía, y también las religiones, las cosmogonías y las teogonías. O sea, en última instancia, esa figura a la que se recurre tanto: Dios.

Ahora, yo digo: vamos tras las huellas de Jack el Destripador, y planteo la filosofía como asesino serial. Entonces, ¿qué es un asesino serial? El concepto apareció en los últimos treinta años más o menos, tuvo sus grandes representantes, psicópatas como Ted Bundy o David Berkowitz (el famoso “hijo de Sam”). En diferentes películas y novelas, como *American Psycho*, se lo explotó y propulsó mucho, pero el genuino gran asesino serial de la historia fue Jack the Ripper, que tuvo la excepcional característica del misterio de su desaparición histórica. Nunca lo atraparon. Jack el Destripador verdaderamente *deconstruía* a sus víctimas. Ahora, las características del asesino serial son dos. Una, que mata de una determinada manera siempre igual. La otra es que deja una señal unívoca de que ese asesinato le pertenece. Jack el Destripador efectivamente destripaba y solía mandar cartas a la policía. Las cartas las mandaba con unos paquetitos y la más famosa es la que contenía un riñón. Decía: éste es el riñón

de Fulana de Tal, el otro no lo envió porque me lo comí. Tenía un gran sentido del humor. Además, Jack, esto es notable, aparece en un momento muy sobredeterminado, digamos, de la literatura inglesa, un momento en el que está Stevenson con el Dr. Jeckyll y Mr. Hyde y está además, claro, Conan Doyle con Sherlock Holmes. Es la época victoriana, fin de siglo, la niebla de Londres y los crímenes en la niebla. Ahora, Jack el Destripador tenía la característica de matar prostitutas en el barrio prostibulario de Withechapel. Mataba prostitutas y las destripaba, y así llegó a establecer una serie. Lo que tiene de horrendo la serialidad es que tiende a no distinguir entre las víctimas, se piensa ya más en el asesino que en las víctimas, la figura del asesino cubre el dolor de la muerte de las víctimas, las víctimas pasan a integrar parte de una serie. Yo tengo una novela, *Los crímenes de Van Gogh*, que es sobre un asesino serial y que en Holanda causó mucha curiosidad. Las características de *Los crímenes de Van Gogh* son las siguientes: un asesino, que es además un fanático del cine, decide escribir un guión cinematográfico basado en hechos reales. Ahora, los hechos reales decide crearlos él mismo, entonces escribe un guión basado en hechos que él va a tornar reales llevándolos a la realidad. Se convierte en un asesino serial y la característica es que mata todo tipo de víctimas, no prostitutas, pero la característica es que a todas les corta la oreja y con la oreja ensangrentada firma "Van Gogh". Esta es su estética de asesino serial.

Bueno, a Jack el Destripador, como dije, no lo agarraron nunca y a los otros asesinos seriales en general sí los agarran. Pero, ¿quién fue Jack el Destripador? Eso no se sabe, porque, como digo, se desvaneció. Se sospecha que era un médico, porque los cortes eran muy precisos, eran cortes de un profesional, no era un destripador cualquiera. Jacques Derrida tampoco es un destripador cualquiera, realmente es un destripador exquisito, y Heidegger también. La filosofía destripa muy bien, o sea que en este sentido su semejanza con el asesino de Withechapel se da por ese lado: por su precisión. Además, Jack el Destripador pertenece a la era positivista, a la era de la ciencia, de la exaltación de la ciencia que implican las filosofías positivistas. Hay dos versiones. Una, que era el médico de la Reina Victoria. Y hay una muy divertida, de un escritor argentino cuyo nombre o seudónimo es Abel Mateo, a quien en realidad no conozco más allá de una novela que apareció en una de esas viejas colecciones de Hachette o Rastros, y que lo pone a Sherlock Holmes frente a Jack el Destripador y entonces, con total coherencia, Jack el Destripador termina por ser el Dr. Watson. Con tanta coherencia, por cierto, que al final Watson le dice: "¿Cómo no te diste cuenta?, Holmes, soy médico, ando

con un maletín, Jack el Destripador estaba a tu lado, era elemental”. Lo cual implica la reivindicación del pobre Watson, que por primera vez le puede decir a Holmes “Elemental, Holmes”, transformándose en Jack el Destripador. Así que vemos la importancia que tiene ser Jack el Destripador. Mi teoría es que Jack el Destripador era la mismísima Reina Victoria, pero no lo voy a poder probar nunca. Porque odiaba tanto a las prostitutas de Whitechapel, odiaba tanto no pertenecer a esa pandilla, que se dedicó a matarlas.

Bien, la novela policial plantea la cuestión, como dije, de la pregunta: ¿quién lo hizo? Esto lo plantea la novela policial clásica. La novela policial clásica plantea más el quién lo hizo, porque, digamos, los autores como el citado Conan Doyle, la denostada Agatha Christie o los célebres y múltiples autores que aparecieron sobre todo en la colección “El séptimo círculo”, que dirigían Borges y Bioy Casares, se distinguen por su racionalidad... El séptimo círculo alude al séptimo círculo del infierno, lugar al cual van los asesinos, por eso Borges, que era muy lector de la *Divina Comedia* de Dante le pone “El séptimo círculo” a la serie. Esta novela policial se caracteriza por el rigor del detective. El detective es la razón pura. En realidad, Sherlock Holmes, al descubrir a un asesino, jamás cree que está descubriendo, por decirlo así, un desajuste social, sino un mero desajuste individual: el asesino es el que se ha desquiciado, debe ser atrapado, entregado a la justicia, y todo seguirá igual. Como diría el Foucault de *Vigilar y castigar*, por supuesto la sociedad mantiene su contrato al costo de encerrar a los delincuentes en las prisiones y mantiene su fe en la razón al costo de encerrar a los locos en los manicomios. O sea, el precio de la razón y el precio del equilibrio social es la negación, la marginalización de los asesinos y los locos en las cárceles y los manicomios. Esta es la interpretación que muy atinadamente daría Foucault de esto.

Ahora, un detective como Sherlock Holmes es un detective del poder, es un detective de la reina. Y este detective tiene una máxima muy rigurosa que dice: cuando lo imposible ha sido descartado, lo que queda, por improbable que sea, es la verdad. O sea, la razón analítica del detective se ocupa de descartar lo imposible. Cuando descubre lo que queda, lo que queda es el culpable. Al culpable lo entrega a las instituciones policiales, que son las instituciones que custodian a la sociedad, las instituciones del poder, y todo vuelve a estar bien.

En la novela policial negra norteamericana –y con esto voy a salir ya de este tema, pero es muy fascinante y nos sirve para ver los usos de la razón–, en la novela policial dura norteamericana, la de Hammett, la de

Chandler, la de McCoy, lo desquiciado, más que el asesino, es la sociedad entera. Es toda la sociedad la desquiciada. Entonces, ahí el detective participa de la oscura y turbia moral de la sociedad. Por ejemplo, el detective de Raymond Chandler, Marlowe, él mismo participa del desajuste social. Ahora, no por esto uno debe creer, como se creyó en algún momento, que estas novelas eran profundas críticas al sistema de producción capitalista. En realidad, lo eran, pero no en el sentido de proponerse superar este sistema por un sistema de producción socialista, como tendían a creer estas lecturas que intentaban sumar la novela policial negra norteamericana a la crítica a la sociedad capitalista. Lo que va a decir un tipo como Raymond Chandler, que era un escéptico muy marcado, es: “no, yo no tengo nada que ver con el comunismo”. Chandler, incluso, ha escrito:

Philip Marlowe tiene tanta conciencia social como un caballo, tiene conciencia personal, que es algo por completo distinto. A Philip Marlowe no le importa quién es el Presidente, a mí tampoco, porque sé que será un político. Hubo inclusive uno que me informó que yo podía escribir una buena novela proletaria. En mi mundo limitado, no existe ese animal. Y si lo hubiera, yo sería el último en apreciarlo, ya que soy por tradición y largo estudio un completo snob.

Es decir que Chandler rechaza por completo la idea de que la novela policial dura venga a cuestionar el sistema... Sí, viene a cuestionar la sociedad capitalista, pero no propone reemplazarla por ninguna otra. Dice: esto es así, esto es un desastre, que es quizás un poquito lo que se podría decir hoy, esto es un desastre, esto es una calamidad, ahora, no sé por qué reemplazarlo exactamente en este momento. Quizás por eso estoy avisando que más que respuestas va a haber preguntas en esto. Pero, bueno, estamos en el mundo de Chandler. Y a Chandler le importaba muy poco quién era el asesino, porque al no tener una mentalidad racionalista como el positivismo de fin de siglo, no buscaba que toda la sociedad volviera a ordenarse y a seguir su funcionamiento racional, sino que lo que le apasionaba era describir el caos de la sociedad. Y en esto, hay que volver a una novela como *El largo adiós*. No puedo sino apasionadamente recomendar su lectura, porque es una de las más grandes obras literarias del siglo XX. En *El largo adiós* lo que plantea Chandler es una sociedad caótica, desmembrada, desquiciada, esquizofrénica, psicótica, basada en el dinero y en la indecencia y en la droga, pero no propone de ninguna manera ningún tipo de organización social para superar esa sociedad, lo cual a él le sonaría, como vimos, ridículo, porque se define

como un completo *snob*. Lo que tiene su detective, Philip Marlowe, es un concepto muy hondo de la amistad: lo que vale es la amistad. Y si ustedes leen *El largo adiós* –vuelvo a insistir– van a ver que lo más bello en la novela es la amistad entre Philip Marlowe y Terry Lennox. Y esa amistad se caracteriza por tomar Gimlets, que es una bebida muy fuerte que toma Philip Marlowe. Yo tenía un amigo que estudiaba a su manera *El largo adiós*, porque hay muchas maneras de estudiar *El largo adiós*. Una de ellas es ir tomando todos los Gimlets que Marlowe toma a lo largo del día, según Chandler. No, mi amigo decía que no llegaba a las once de la mañana, y ya estaba muerto. Ahora, el Gimlet es una bebida que Marlowe compartía con Terry Lennox. Entonces observen hasta qué punto es romántica esta novela, jugada a los sentimientos, como gran parte del cine norteamericano, que cuando Marlowe queda solo, sin su amigo, con el cual en la barra siempre tomaba un Gimlet, en uno de los más grandes, de los más altos momentos de la novela, Marlowe, triste, solitario y final, como es el título de la novela del gordo Soriano, va a la barra de un bar, pide un Gimlet y enseguida pide otro Gimlet, pero se lo toma él. Es decir, el otro lo pide igual para su amigo ausente. De aquí que Soriano retoma esto en esa muy bella novela, su primera novela: “Triste, solitario y final”.

Entonces, vamos a la pregunta: ¿qué es filosofía? Empecemos. En realidad el propósito es siempre el mismo, a través de todos los distintos enfoques posibles, recurriendo a la literatura, al cine, a la música: es aprender filosofía. El saber de los saberes es el que vamos a tratar de ver cómo es, o sea, qué es la filosofía. El punto de partida que voy a tomar, aparte del asesino serial, es el elemental, áspero y básico de los diccionarios. Yo recomiendo fervorosamente que usen los diccionarios, porque hay como una especie de arrogancia en no usar los diccionarios ni de psicología, ni de filosofía. Eso es un error. Incluso hay libros de esas colecciones para principiantes que son muy buenos, que se pueden usar. Claro, también hay algunos que no se entienden nada, porque cuando el autor es muy complejo resumirlo es peor, porque el resumen se entiende menos que la totalidad. Si yo resumo *Ser y tiempo...* miren, mejor léanlo, van a demorar dos o tres años, pero quizás alguna vez lo entiendan. Si yo lo resumo en diez, quince minutos, estamos condenados a no entenderlo nunca. O sea, hay cosas que son difíciles, hay cosas que llevan esfuerzo y la filosofía no es fácil y requiere nuestro esfuerzo, sobre todo nuestro esfuerzo mental, porque es una disciplina caracterizada por la búsqueda del rigor conceptual. Este rigor conceptual nos puede llevar a dos puntas: o a alejarnos por completo de la realidad a través de una técnica de

operación sobre la realidad que no contamine nuestro conocimiento con la suciedad de la historia, con la suciedad de la realidad, o a la célebre de Marx de la undécima tesis sobre Feuerbach, la muy conocida “los filósofos hasta hoy se han dedicado a interpretar de una u otra manera el mundo, cuando de lo que se trata es de transformarlo”. Esta es una de las más grandes definiciones de la filosofía, le pertenece a Karl Marx. No es que Marx esté despreciando la filosofía. No es que no quiera interpretar la realidad. No, no, lo que dice es que hasta ahora los filósofos se han dedicado a interpretar la realidad, lo que quiere añadirle a la interpretación de la realidad es su transformación. También está diciendo que la realidad no se puede transformar si no se consigue inteligirla antes, interpretarla. O sea que filosofía y realidad van juntas. La filosofía consiste en interpretar la realidad y también consiste en transformarse en praxis. La praxis es filosofía devenida realidad política, transformadora de la realidad social. Entonces lo que Marx va a impulsar es esta materialidad de la filosofía. La filosofía no consiste sólo en pensar, sino que consiste en pensar para entender y transformar lo entendido, porque para Marx lo entendido va a ser esencialmente injusto. Entonces ésta es la característica. Para otros filósofos lo entendido es justo, y ahí se detiene la cosa: ¿por qué voy a transformar una realidad con la cual estoy de acuerdo? El pensador de derecha en general está de acuerdo con la realidad, generalmente ella está muy de acuerdo a como a él le gusta que esté. Y para el que ha tendido hacia la izquierda o tiende hacia la izquierda, hay un desacople, digamos, una incomodidad muy profunda entre él y la realidad, y esta incomodidad se profundiza a medida que la piensa, porque a medida que la piensa va descubriendo que esa realidad es profundamente injusta y que en consecuencia el conocimiento requiere paralelamente una praxis de transformación de la realidad. Eso es el marxismo.

Ahora, yo voy a partir de dos diccionarios para hacer un punto de partida escolar, académico, como quieran, pero prolijo. Hay un diccionario de filosofía, que es el más famoso, que es el de Ferrater Mora. Son cuatro tomos, antes era un tomo inmenso, y no son pocas las cosas que nos puede decir. El otro diccionario que voy a tomar es uno que acaba de salir, que es el *Diccionario de Teoría Crítica y Estudios Culturales* de Michael Payne, que lo compiló y lo publicó Paidós. Es como la última novedad en diccionarios de teoría crítica y estudios culturales, que es uno de los nombres que la filosofía recibe hoy en la academia norteamericana.

Bueno, ¿cómo partir del diccionario de Ferrater Mora? En él vamos al término ‘filosofía’, y encontramos que en la entrada de la palabra ‘filosofía’ Ferrater Mora parte, como le corresponde, porque está haciendo un

diccionario de filosofía, por lo elemental. Lo elemental –esto lo estoy agregando yo ya– es que hay una relación erótica que define a la filosofía, porque desde el comienzo la filosofía habla de un determinado amor. El amor es muy importante en la filosofía. La palabra ‘filosofía’ significa, como todos saben, amor a la sabiduría o amor al saber. Ahora bien, esto es muy importante: amor a la sabiduría. Quiere decir que la filosofía aspira a ser un saber total, aspira a hacer de nosotros sabios, es decir, hombres que saben muchas cosas. Esa es la tarea del filósofo. Yo había dicho que irónicamente a los científicos se les dice sabios, porque irónicamente, o trágicamente, los científicos hacen su tarea sin saber, sin preguntar quién les paga, para quién trabajan ni cómo van a ser utilizados sus conocimientos. Ustedes habrán visto una película norteamericana, *Una mente brillante*, donde se da la característica del personaje típico del científico, una especie de tarado genial, digamos, eso es ser un genio. El papel que hace Russell Crowe es la típica definición del científico, el tarado genial. Y hay un momento excepcional, donde al tipo le van a dar el Premio Nobel y él ya está bastante curado y viene alguien de la Academia de Suecia a tantearlo, para ver si puede ir a Suecia a recibir el Nobel y decir dos o tres palabras aunque sea. Pero lo genial y lo que no está claro en la película, es decir, aquello en lo que la película no toma conciencia de sí, es lo que le dice el sueco al científico cuando éste pregunta: ¿por qué me dan el Premio Nobel? Ah, porque su ecuación nos está sirviendo para eliminar los monopolios y la competencia monopolística y la absorción de determinados monopolios que se entrometen en la iniciativa privada y anulan la iniciativa privada al monopolizar la economía; su fórmula la hemos aplicado y estamos haciendo eso. Qué alegría –dice el tarado genial– miren para lo que sirvió mi fórmula. Es una trampa increíble de la película. ¿Por qué? Nos dicen que la fórmula de este hombre tan bueno, este científico, el de la mente brillante, cuyos padecimientos venimos viendo desde el comienzo de la película, va a servir para una noble causa, y que por eso le dan el Premio Nobel. En realidad, lo que el sueco debió decirle en la verdadera realidad, en el mundo real, es algo más o menos así: su fórmula es fantástica, porque nos está sirviendo para concentrar cada vez más la riqueza y crear más monopolios. Eso es lo que realmente ocurre. Pero en la película, para hacerlos quedar bien al protagonista y al sueco, éste le dice: estamos usando esa fórmula para sanear la monopolización de la economía, para volver un poquito a Adam Smith. Ahora, lo verdaderamente notable es que el científico no tenía la menor idea ni sospechó jamás cuando planteaba esa fórmula genial (aquello por lo cual lo llaman sabio) que iba a poder ser utilizada

para esto. De aquí que también los científicos, cuando ven estallar las bombas atómicas, dicen: caramba, ¿qué hicimos? Y bueno, sus fórmulas fueron utilizadas para eso. O sea, el científico no es un sabio, porque no tiene ni siquiera el saber de su propio saber, porque a la ciencia le falta la autorreflexión, y porque a la ciencia le falta contextualizarse con la historia y la política. Entonces, los científicos son unos tipos a los cuales el poder encierra en cómodos y carísimos gabinetes para que estudien o para que descubran cosas complicadísimas y maravillosas. Luego el poder las toma y las aplica como le conviene. Y esos científicos, a los cuales se llama sabios, no tienen la menor idea de lo que están haciendo. Entonces, así como el protagonista de *Una mente brillante* se sorprende, “miren qué bien, van a utilizar la fórmula para esto”, del mismo modo, cuando los científicos ven estallar la bomba atómica dicen: “no queríamos esto”. Bueno, pero, ¿por qué dieron la fórmula? Su obligación era saber a quién le daban la fórmula.

Entonces, ¿qué pasa? Cuando Heidegger dice que la ciencia no piensa no hay que escandalizarse, eso es algo que cualquiera de nosotros puede decir, porque el científico no aspira a un saber totalizador, porque no totaliza su propia praxis, porque no piensa dentro de qué política y dentro de qué contexto histórico su praxis científica se va a encuadrar y va a ser sobre todo utilizada o manipulada. Por el contrario, el filósofo tiene que saber esto, es la obligación del filósofo reflexionar sobre esto. Por eso la filosofía piensa a la ciencia y se piensa a sí misma. Por eso la filosofía, como empieza diciendo el bueno de Ferrater Mora, es el amor al saber, y no es el saber muchas cosas lo que hace de un hombre un sabio. ¿De dónde toma esto? Lo toma de Heráclito, al que todos conocen sobre todo por el magnífico y famoso río en el que nadie puede bañarse dos veces, porque a cada momento es y ya no es el mismo, y que constituye una de las más formidables metáforas de la realidad, porque todo fluye y por eso todo es y no es. A mi entender la mejor edición en castellano de los textos de Heráclito es la de Rodolfo Mondolfo, que está en Siglo XXI, en un libro que se llama *Heráclito: textos y problemas de interpretación*, donde están los fragmentos de Heráclito (porque sólo se conservan, lamentablemente, fragmentos de su obra, cuyo original se perdió en el incendio del Templo de Artemis de Éfeso) y algunas interpretaciones de Mondolfo, contextualizaciones históricas, etc. Voy a leer dos fragmentos de Heráclito que vienen al caso, porque acá da una definición de la filosofía muy interesante y muy revulsiva para el academicismo actual. En el fragmento 35 Heráclito dice: “Conviene pues, sin duda, que los hombres amantes de la sabiduría conozcan y tengan conocimiento de

muchísimas cosas”. A partir de la caída de las filosofías dialécticas de la totalización, las caídas de Hegel y Marx a mediados de los ‘60, la filosofía se caracteriza por lo que la academia francesa, que se prolonga en la academia norteamericana, llama una desagregación del saber, una fragmentarización del saber. Con lo cual realiza un movimiento interesante, que es el de reflexionar sobre aquello que ha pasado desapercibido o no ha ocupado un primer plano en las reflexiones de los filósofos: las minorías sexuales, el feminismo, el problema de la filosofía africana, el problema de la filosofía bantú, por ejemplo, en la que jamás a Marx se le ocurrió pensar, ni a Hegel. Ni pensemos lo que para Hegel era una filosofía bantú, era eso que se llama un oxímoron, una contradicción entre sus términos: desde su punto de vista, ni la filosofía puede ser bantú, ni los bantúes pueden tener filosofía. Ya vamos a ver por qué, pero ya lo sospechamos. Entonces, lo que plantea Heráclito es que el filósofo tiene que saber muchas cosas, porque la filosofía es un saber total, se ocupa de todo, no hay nada que sea ajeno a la filosofía.

Y luego, en el fragmento 40, Heráclito dice: “La mucha erudición no enseña a tener inteligencia”, que es una frase que todos conocemos, realmente ha sido muy popularizada, pero que además la conocemos por conocer a muchos eruditos que carecen por completo de inteligencia. Así que en realidad la frase de Heráclito anticipa la figura del erudito. El erudito es un compulsivo del saber, pero no de la reflexión. Sabe, sabe, sabe, y nunca sabe lo suficiente. En realidad, nunca en esta vida vamos a saber lo suficiente, de modo que el erudito no se detiene nunca, o sea, no piensa nunca. La reflexión implica siempre un momento de detenimiento. Entonces, ese momento de detenimiento es el momento de la reflexión. El erudito no se detiene nunca porque lo que quiere es siempre saber más. Y como el universo, según sabemos, está en expansión, jamás vamos a terminar de saber todo lo que hay que saber. Entonces ahí hay dos caminos señalados por Heráclito en estos fragmentos. Uno es intentar saber todo lo que es posible saber y el otro es animarse a pensar, lo cual no es una limitación, es la otra posibilidad de lo infinito. En lugar de querer saberlo todo y acumular conocimientos compulsivamente, tratar de pensarlo todo, para lo cual no necesitamos saberlo todo. Entonces vamos a tratar de pensarlo todo, porque pensar no es exactamente saber, especialmente cuando el saber se identifica con la erudición. El pensar no es la erudición, el pensar es el poder que tiene el hombre de preguntarse acerca de la realidad.

De hecho, y este es acaso el momento más amargo de esta clase –y estoy salteándome un poco al bueno de Ferrater Mora–, yo creo –y ésta es

una primera postura, quizás demasiado personal para ser compartida— que la filosofía existe porque la erudición no alcanza. Y es que el hombre es un ser trágico, y aclaremos que cuando digo “hombre”, digo “mujer” también. Podría decir “humanidad, realidad humana”, pero no hay caso, siempre el origen del término es “hombre”. No hay nada más machista que la gramática, esto el feminismo ya lo ha analizado perfectamente. Ustedes saben que cuando hay dos adjetivos y uno es masculino y el otro es femenino, se continúa siguiendo el régimen del masculino. Bueno, no me voy a poner a analizar esto. Lo que quiero decir es que de aquí en más cuando diga “hombre”, estoy diciendo “hombres y mujeres”. Por cierto, de ninguna manera los hombres pensaron que la filosofía involucraba a las mujeres; por el contrario, Kant decía: el bello sexo puede ahorrarse esta tarea, y lo decía con enorme convicción. Incluso hoy en día hay algunos machistas que, como un chiste muy elegante, dicen que Hannah Arendt, cuando era jovencita discípula de Heidegger, era muy bella y se puso muy fea en la década del '50, y ¿por qué? La explicación sería que se puso tan fea porque pensó tanto. Entonces pensar afea, y, por lo tanto, no tiene que incluir a lo femenino. Pero acá mi postura es que cuando digo “hombre”, digo “hombre y mujer”. Lo que ocurre con el hombre, y por eso la filosofía existe, es que es un ser finito en medio de la infinitud. Esto es una tragedia insoportable. Por eso existe la filosofía y por eso existe Dios; pero filosofía y religión son dos caminos distintos. La filosofía para existir tiene que renegar de Dios, porque Dios es un responde-preguntas automático, es el comodín de las respuestas: Dios responde todo. Cuando llegamos a Dios ya no hay filosofía posible porque entra la fe, y la fe es la negación de la filosofía. La filosofía es pensarlo todo, la fe es creerlo todo, entonces la diferencia es abismal.

Así, la grandeza del hombre sobre esta tierra, y por eso existe la filosofía, es que muere. ¿Qué es la filosofía entonces? La filosofía es una práctica que en este planeta ha instrumentado un ser que es capaz de vivir sabiendo que va a morir. Esto transforma al hombre en un ser metafísico: el hombre es el único ser de este planeta que se pregunta por el sentido de la existencia, por el sentido del universo. Y es el único ser que muere y sabe que va a morir, hecho que se detecta sobre todo en la muerte de los otros, porque la noción epicúrea, que es muy ingeniosa pero que para mí no pasa de ser un sofisma, que postula que la muerte no existe, en un primer momento puede parecer razonable. ¿Por qué la muerte no existe? Yo nunca me voy a vivir muerto. Ahora, hay un momento terrible que es el de la agonía, en el cual uno se da cuenta que está muriendo. Claro, de todos modos, aunque uno se dé cuenta de que está muriendo, nunca

dice “me morí”. Cuando podría decir “me morí”, en rigor ya no lo puede decir. Porque para el hombre incluso morir no es ni siquiera quizás no ser, es dejar de ser. Ahora, los epicúreos dicen esta especie de letanía tranquilizadora: no se preocupen por la muerte, porque nunca se van a dar cuenta de que están muertos, porque mientras están vivos, están vivos, y cuando están muertos, están muertos y no saben que están muertos. Hay una célebre frase atribuida a Charles Chaplin, que no sé si será de él, que decía: “hay una sola cosa tan inevitable como la muerte: la vida”. Es una frase alentadora y que nos arroja al optimismo, digamos, si la muerte es inevitable, la vida también es inevitable. Pero esto es profundamente falso, porque la vida es totalmente evitable: la gente se suicida masivamente en este mundo, con lo cual evita la vida. De hecho, ningún otro ser vivo tiene ese tipo de conducta. El suicidio es un invento humano. Frases como ésta, atribuida a Chaplin, intentan paliar la tragedia esencial de ser humano, que es la conciencia de sí en su finitud.

Y aquí hemos llegado quizás al elemento existencial disparador de la filosofía. Hay un texto de Hegel que dice: es posible que la tierra sea sólo un cascote que gira alrededor del sol. Es muy posible, pero la grandeza que tiene este cascote es que en él hay un ser metafísico que se pregunta por el sentido del universo. En este cascote hay un ser finito capaz de lanzarse a la aventura de pensar la infinitud y angustiarse porque nunca puede pensarla propiamente, porque él es finito. Entonces este ser finito se siente finito en un mundo infinito, se siente imperfecto en un mundo perfecto, se siente mortal en un mundo que no muere, porque el universo no muere ni tiene apariencia de morir, al contrario, pareciera que estamos ante lo eterno. Entonces ahí hay dos caminos: o la filosofía o la fe.

El gran texto de Bertold Brecht sobre Galileo Galilei termina admirablemente. Galileo pregunta cómo está la noche a su asistente y su asistente le dice: clara. Para Galileo una noche clara era un libro abierto, porque miraba hacia las estrellas, para lo cual había inventado el telescopio. Esto es fabuloso. Esto es el humanismo: el hombre es un ser que mira las estrellas e inventa el telescopio, porque quiere ver más allá. Este afán de conocimiento se traduce en una angustia profunda porque le revela su finitud. Digamos, este afán de infinitud lo hace cada vez más consciente su precaria finitud. Entonces, cualquier noche estrellada uno se tira en un jardín, echa su mirada hacia arriba, mira las estrellas y a los diez minutos grita “¡Dios!”, porque no queda otra respuesta: o existe Dios o yo no tengo cómo explicar eso. Ahora, ¿qué es Dios? bueno... Pero bendito de aquel que crea en alguien que creó este mundo, porque en realidad es

la resolución de todos los problemas. Ahora, claro, a su vez, esa creencia es la creación de gravísimos problemas, que van desde expresiones tan prosaicas como el tango que dice “¿dónde estaba Dios cuando te fuiste?”, con lo cual le pregunta a Dios por qué su amor ha huido de él, o la pregunta de Primo Levi: ¿cómo explicar Auschwitz si existe Dios? O existe Auschwitz o existe Dios. Entonces Primo Levi deduce: existe Auschwitz, luego Dios no existe. Y Woody Allen, que es un gran filósofo, en una comedia hermosa que hizo presenta el entierro de un abuelo, donde están todos los familiares; y un personaje que hace Alan Alda dice: “no puedo creer en Dios, porque miren al abuelo, ¿por qué se muere el abuelo?” Está bien, se tenía que morir el abuelo. El abuelo en realidad no quería morir. Por ejemplo, el abuelo aparecía en medio de la familia y decía: “me voy a encontrar con mi amigo Miguel en el Polo Ground”. Recuerdan que el Polo Ground es un gran estadio de box en el cual nuestro Miguel Ángel Firpo casi le gana a Jack Dempsey. Es uno de los grandes momentos de la Argentina, así que tenemos que recordar esto. Entonces, el abuelo aparece –fíjense lo genial, cómo Woody Allen narra y hace filosofía– y le informa a toda la familia que se va a encontrar con su amigo Miguel en el Polo Ground. Y una mujer de la familia le dice: “abuelo, tu amigo Miguel se murió y el Polo Ground no existe más”. “Ah, bueno”, dice el abuelo, “pero yo no me enteré”, y se va. Entonces, Dios es lo que, de alguna manera, nos permite no enterarnos, no preguntar más, porque la continua acción de preguntar lleva, por supuesto, a la angustia. ¿Por qué lleva a la angustia? Porque lleva a la revelación de la nada. Hay un momento en el cual llegamos a la idea de la nada, que nos resulta muy angustiada, porque se relaciona con la muerte. Nosotros somos finitos. Entonces, la fe puede preservarnos de esa experiencia. Indudablemente el que tiene fe –ya lo dije– salva esta cuestión epistemológica quizás, aunque muy difícilmente pueda a esta altura de los tiempos explicar la presencia activa de un Dios en la historia. Y si lograra explicarla, bueno, deberíamos dialogar con ese Dios y preguntarle seriamente una serie de cosas. Primo Levi le preguntaría indudablemente sobre Auschwitz.

Ahora, la filosofía no para de preguntar porque este ser finito es consciente de su muerte. Y de aquí la noción riquísima de Heidegger del hombre como ser para la muerte. ¿Por qué el hombre es un ser para la muerte? El hombre es un ser para la muerte porque es un ser posible, el hombre es un ser arrojado hacia sus posibilidades. Todos estamos animados, impulsados, proyectados, estallados hacia fuera, hacia adelante, porque vivimos en función de nuestros proyectos y de nuestras posibilidades. Nuestras posibilidades son infinitas, pero hay una posibilidad